

ARTÍCULOS



DOSSIER VIDAS INFAMES



EJÉRCITO DE SAN MIGUELES. BARRIO 20 DE JULIO, BOGOTÁ.
Édgar Moncada, 2008. Archivo del autor.

Comentario:

LAS VIDAS INFAMES Y LA NATURALEZA

Este *dossier* contiene seis ensayos elaborados por colegas antropólogos de la Universidad Nacional de Colombia, algunos de ellos profesores del Departamento de Antropología; a estos se suma un escrito del año 1952 de la pluma de Claude Lévi-Strauss y una carta referente a los acontecimientos del 9 de Abril de 1948. Todos refieren a hombres de diversa condición social e histórica, a hombres de carne y hueso, que fueron y son famosos en la memoria histórica, oral o escrita, en la historia de Colombia, excepto “Papá Noel en la Pira”, cuyo personaje, el bonachón Papá Noel, tiene una naturaleza simbólica, aunque por ello no menos anclado en la realidad social; y el río Minero “el mata gente, ladrón y fantasmal”, un ensayo de Helí Valero acerca de la situación de infamia social expresada en la explotación de esmeraldas, la cual, sin duda, también tiene sus personajes infames.

Pedro Arias Dávila, el gobernador de Castilla de Oro en los albores del siglo xv; Armando Normad, el tristemente célebre capataz de la sección de Matanzas de la Casa Arana en el Amazonas; Álvaro de Oyón, traidor incluso antes de Lope de Aguirre; Tulio Varón, el general hacendado célebre en el Tolima junto con sus macheteros en la Guerra de los Mil Días; Juan Díaz, el pudiente minero de la ciudad de Tocaima, son personajes notables en la memoria colonial o contemporánea de Colombia, de sus regiones o incluso de algunos países vecinos. Si bien en algunos casos son héroes para ciertos grupos (como el general Varón para los liberales, o Papá Noel para los niños y los padres contemporáneos), también tienen en común, aunque de forma diversa, su mala fama o haber sido expuestos al escarnio público. Uno de ellos, Juan Roa Sierra, representa una vida olvidada, excepto en los expedientes y en los recientes relatos literarios que han escarbado su vida; al decir de Laura Ramírez, llega a la historia de forma inversa a Gaitán, mediante su infame asesinato que conmociona y divide en dos la historia de Colombia del siglo xx, según la representación de muchos colombianos, en cuanto se le atribuye el desencadenamiento de La Violencia y la pérdida de la esperanza del progreso expresada en “el Negro” Gaitán.

La lectura de este *dossier* se podría hacer de forma cronológica, según su localización en el tiempo, de atrás hacia adelante, o de

manera regresiva. Confieso que de manera deliberada la hice según el orden, en una especie de zigzag, en que me llegaron los documentos anexos al correo de internet, con la intención de formarme ciertas intuiciones acerca de sus situaciones, de sus proyectos, de sus vidas; como una manera de escapar en cierta medida, ante la yuxtaposición de los heterogéneos eventos narrados, a mis propios prejuicios sobre los hombres infames; o a las aproximaciones a la condición de infamia de algunos connotados autores.

Debo confesar, asimismo, que uno de los aspectos que más me ha llamado la atención de la fascinante lectura de estos escritos es la atribución —en los relatos del protagonista o de los autores— a la Naturaleza —en muchos casos— de una condición de “infamia”: Ríos mata-gente, Llanuras que incendian los espíritus, Volcanes y Avalanchas que arrasan riquezas y esperanzas, Selvas que constituyen verdaderas vorágines de los hombres y mujeres, detalles monstruosos o animales en la fisonomía de los hombres, como en el caso de Álvaro de Oyón. La Naturaleza forma parte inextricable de sus historias y de la historia, como si fuesen seres animados, con vida y aliento propio, como lo pensara Rivera en *La vorágine*.

De otra parte, todos nuestros personajes se encuentran en situaciones liminales, históricas y personales, o se les atribuye esa condición. El contabilista y “civilizado” Normand (contratado por la Casa Arana en virtud de su conocimiento del inglés y sus estudios en la misma Inglaterra) se convierte, como nos narra Carlos Páramo, en un “salvaje” —como el Kurtz de Conrad— responsable del asesinato a sangre fría de los andoques del campamento de Matanzas en el Amazonas; se transforma en un “monstruo absoluto”, en la selva, entre gente que el cauchero consideraba “salvaje”.

Pedrarias Dávila, de origen judío converso y gran jugador de ajedrez, según nos lo presenta Jimena López, se sumerge en el gran desencuentro de la Conquista de la Tierra Firme, y se transforma con el tiempo en la misma imagen de “desgobierno”, del caos.

También Juan Díaz, dueño de minas de oro, que prestaba dinero hasta al mismísimo Rey, propietario de una deslumbrante gran casa —casi palacete— en la antigua ciudad de Tocaima, tiene su vida (¿destino?) signado por el oro, los volcanes y la avalancha. Su codicia por el oro lo conduce, a su muerte, a convertirse en un alma en pena, pero también en un mohán asociado a montañas, picachos y volcanes, nos advierte Luis Alberto Suárez, autor del escrito.

Al general liberal Tulio Varón —héroe para los liberales de la Guerra de los Mil Días, y pesadilla de Ibagué y de las huestes conservadoras, las cuales sucumbieron en más de una ocasión con la complicidad de la noche ante sus macheteros— se le logra evocar, como lo hizo Andrés Ospina, con su compenetración con ese llano del Tolima, sus grandes inmensidades, sus piedras que hacían de cerco, como si fuese asimismo una expresión de la misma naturaleza bravía tolimense.

A estos hombres la tierra caliente, la selva, las llanuras del Tolima, verdaderos “espacios salvajes”, los transforman en personajes cuyas conductas desmedidas los harán, por uno y otro motivo, “famosos” y, paradójicamente, infames. Porque ¿quién quisiera imitar al general Varón, preso del alcohol, en su carga a caballo que lo llevaría a la muerte en la misma Ibagué? ¿O al afortunado y al mismo tiempo desventurado Juan Díaz, cuya codicia trajo la destrucción de su gran casona de Tocaima por la creciente del hoy llamado río Bogotá, o de sus minas de oro, víctimas de las avalanchas? ¿O Álvaro de Oyón, personaje atormentado por terribles dolores de cabeza que alivia enrollándose un ridículo pañuelo en ella? ¿Acaso Normad no es uno de los más famosos criminales de Arana, ya repudiado por el mismo Casement durante su investigación en el Putumayo en 1910?

Estos hombres infames —incluyendo al Papá Noel de Lévi-Strauss que fue quemado en una pira frente a la catedral de Dijon, Francia, a los pocos años de finalizada la Segunda Guerra Mundial— representan una “vida pagana”, en la que la naturaleza se cuela hasta en los mismos tuétanos de sus actores, todos, como se anotó, en situación liminal —en el caso de Papá Noel, como lo anotan Páramo y Suárez, un hombre viejo (Papá Noel) interactúa con los niños (aun no adultos) en una especie de rito que enuncia la llegada de los niños muertos—. Este último texto, introducido de manera relevante por Carlos Páramo y Luis A. Suárez, nos muestra, de otra parte, las virtudes del análisis estructural para esclarecer las condiciones de los ritos modernos, a través de una pertinente comparación con una ceremonia de los indios hopi, en las cuales los *katchina* (dioses y ancestros) regresan a la aldea a través de los mayores, enmascarados y en trajes rituales, para premiar o castigar a los niños sin que sepan la identidad de sus benefactores.

En muchos casos podríamos decir que el Dios-Volcán, o el Dios-Río, o el Dios-Selva determinan como las divinidades griegas —esos dioses

que se complacían o compadecían ante la fortuna e infortuna de los hombres— la trayectoria de los hombres, hacen la historia, las historias.

La crítica contemporánea a la historiografía del siglo XIX y a gran parte de la novela de la selva —entre ellas *La vorágine*— señala que están construidas sobre la base de una falsa oposición entre *barbarie* y *civilización*, equivalente a otra dicotomía fundamental salvaje/civilizado. A mi entender, en la mayoría de los textos aquí presentados sobresale nuevamente esta oposición, pero entendiéndola como un tránsito, un sendero, un túnel, que constituye un eje esencial del relato. Sus autores comprenden que los procesos de transformación en este espacio de encuentro son parte constitutiva de la metamorfosis de aquellas vidas en hombres infames. Por ejemplo, el comportamiento del gobernador Pedrarias Dávila se inscribe en los cánones de su época, pero no podríamos pensar que esta primera fundación en Tierra Firme, en los trópicos húmedos del Darién, igualmente fue embrujada por la selva que la rodeaba, o en el desencuentro con los indígenas cuevas y otros grupos que, como los españoles, se preguntaban sobre la naturaleza de los hombres que llegaban. Llegar a las minas de esmeraldas de Muzo representa acceder —desde Chiquinquirá, ciudad célebre por su Virgen colonial— por caminos y trochas, por selvas y bosques, a ríos y socavones en donde la fortuna signa, para bien o para mal, a sus desarrapados, ilusionados por un nuevo Dorado, por transformarse en unos, digamos, Juanes Díaz.

A diferencia de algunas novelas de la selva, los autores de estos artículos no escriben desde una perspectiva de letrados “racionales” —al contrario de Arturo Cova o Antonio (el visitador médico) de la novela *Toá* de César Uribe Piedrahita)— sobre sus personajes y situaciones; intentan y logran narrar y analizar las diferentes situaciones más allá de la “jaula de la racionalidad” que aludiera el gran Max Weber. Me parece que tampoco se colige de sus narraciones que sus personajes representan “la banalidad del mal” de la que hablara Hanna Arendt a propósito de Eichmann —el “eficiente” administrador de los trenes que conducían a los judíos y demás condenados a las cámaras de gas—, que sean hombres infames en el sentido que el mismo Foucault se refirió a ellos, porque sus vidas no se entienden únicamente con relación a la sociedad, sino también a la naturaleza, las selvas, las llanuras, las montañas, los ríos, los volcanes, el oro, el caucho, las esmeraldas, o a los imaginarios

que se inscribían en sus épocas y modelaban sus mentes; incluso a Juan Roa, un hombre nacido en el mismo barrio de Gaitán, también se le ha percibido como un “alma errante”, aunque quizás su infamia corresponde más bien al modelo clásico: una vida que merece ser olvidada por la historia. Este artículo debe leerse en relación con el testimonio de don Ricardo Rendón, expresado en su carta del 17 de abril a su hija Cecilia, donde describe la situación “tenebrosa” de aquel 9 de Abril en Bogotá, transformada en un verdadero infierno, que sugiere quizás que Roa pueda ser imaginado como un “alma en pena”.

Se me podría reprochar reintroducir la dicotomía naturaleza/cultura hoy poco estimada en la antropología o considerada como un producto de la modernidad. Pero quizás la situación es más compleja, como lo muestran estos artículos que nos conducen a reflexionar sobre la fortuna e infortuna de los hombres y de las mujeres que viven en el mundo de la “barbarie”, incluso cuando fundan ciudades. No por ello pretendo que volvamos a una lectura de nuestra historia basada en la oposición civilización/barbarie. Estas páginas más bien nos incitan a pensar la vida de estos y otros hombres con nuevos lentes, a considerar sus espacios de acción e interacción como mundos simbólicos en los que se interactúa con otras sociedades, grupos y con la naturaleza; mundos cerrados, juegos de espejos, que atrapan a sus protagonistas de forma ineluctable, de forma infame. Esto no exculpa la responsabilidad de algunos de ellos —por ejemplo, Normand— pero sí nos lleva a reflexionar sobre algunas de las condiciones existenciales del Mal, o del Diablo, otro personaje que, aunque soterrado, está latente en estas historias. ¿El viaje a las tierras bajas, de bosques o simplemente de tierra caliente no representa, en cierta medida, para algunos de estos hombres un viaje al Infierno?

Estos escritos constituyen una rebelión contra la racionalidad de *La ciudad letrada* de la que habla Angel Rama, porque se proponen explorar, de manera disímil según la materia de su interés, con otros ojos episodios y personajes de la historia de Colombia; porque tratan de comprender que la historia de Colombia es un permanente relato de viaje, por ríos y caminos que no tienen límites claros y definidos, cuyos personajes se transmutan a través del tiempo —por obra y gracia de la cultura popular o de nuevos letrados que intentan salir de la urbe, irse—, por ejemplo, por los caminos del Tolima, como lo hace

Andrés Ospina para comprender al general Varón, para transitar con sus personajes sus propias historias, para transformarse a medida que sus hombres o mujeres, de carne y hueso, también se transmutan, así sea en *infames*. Lo que no significa complacencia ante sus acciones, sino un intento de reflexión crítica sobre sus condiciones de emergencia y de posibilidad.

ROBERTO PINEDA CAMACHO

Profesor Titular · Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá